

Hitlerismo, trumpismo, netanyahismo, lepenismo, macronismo

EMMANUEL TODD :: 30/10/2025

Un enfoque comparativo y expresionista :: Hoy en Europa nos enfrentamos a locos, o más bien a una locura colectiva que se ha apoderado masivamente de individuos de las clases dominantes

Las referencias a la década de 1930 se multiplican. La degeneración de la democracia estadounidense parece remontarnos a la de la República de Weimar. Trump, mediante su gusto por la violencia y la mentira, mediante la práctica del mal, nos remonta irresistiblemente a Hitler. En Europa, el auge de los movimientos catalogados como de extrema derecha nos obliga a revisar nuestra historia.

Sin embargo, las sociedades occidentales ya no se parecen mucho a las de la década de 1930. Son antiguas, consumistas, orientadas al servicio, las mujeres están emancipadas y el desarrollo personal ha sustituido la afiliación partidista. ¿Cuál es la conexión con las sociedades de la década de 1930: jóvenes, frugales, industriales, de clase trabajadora, masculinas y con carné? Es esta distancia sociohistórica la que me ha llevado a considerar, hasta ahora, a priori inválido el paralelismo entre la "extrema derecha" del presente y la del pasado. Pero las doctrinas políticas existen, hoy como ayer, y no podemos simplemente postular la imposibilidad, por ejemplo, de un nazismo de antaño de ancianos, un franquismo de consumidores, un fascismo de mujeres liberadas o un LGTB de la Cruz de Fuego, 'Croix-de-Feu'.

Ha llegado el momento de comparar las doctrinas de nuestro presente con las de la década de 1930. He aquí un esquema de cómo podría ser un estudio comparativo de cinco fenómenos históricos: el hitlerismo, el trumpismo, el netanyahismo y el lepenismo. Añadiré brevemente el macronismo al final. El extremismo centrista y proeuropeo que está llevando a Francia al caos nos obliga a este análisis. ¿Es este extremismo realmente tan centrista como lo califican los medios?

Este será un enfoque impresionista, sin pretensiones de exhaustividad ni coherencia, cuyo objetivo es abrir caminos, no concluir. Fuerzo las líneas y los colores para relacionar los conceptos. Exagero deliberadamente para alcanzar o incluso anticipar una historia que se acelera. Un enfoque expresionista sería quizás una metáfora más apropiada.

Comencemos por la dimensión general del racismo o la xenofobia.

El rechazo a un "otro" definido como ajeno a la comunidad nacional, con niveles de intensidad muy variables, es común al hitlerismo, al trumpismo y al lepenismo. En el caso del hitlerismo y el trumpismo, es la noción de racismo, explícito o implícito, la que es común. El nazismo consideraba a los judíos una raza, en sentido biológico. Las personas negras, estos blancos apenas ocultos del Partido Republicano trumpizado, también se definen biológicamente. Con el lepenismo, en cambio, solo podemos asociar el concepto de

xenofobia. Los árabes o musulmanes se definen por su cultura. Una de las características de la obsesión francesa con la inmigración sigue siendo su fijación en el islam (¿malos recuerdos de la pérdida de Argelia?) y su incapacidad para atacar a las personas negras, cuya llegada masiva es, sin embargo, el nuevo elemento del proceso migratorio. La tasa de matrimonios mixtos entre mujeres negras es muy alta en Francia; sigue siendo insignificante en EEUU.

Un rasgo común de los "populismos" occidentales es, por supuesto, su rechazo a la inmigración: Reform UK, los Sverigedemokraterna (Demócratas de Suecia), AfD, Viktor Orban en Hungría, Ley y Justicia en Polonia, Giorgia Meloni en Italia, todos pasan, como Trump o Le Pen, la prueba de este denominador común. ¿Basta con definirlos como ultraderecha, en el sentido en que el nazismo y el fascismo lo fueron? No lo creo.

Una diferencia crucial opone el populismo actual a la ultraderecha de tipo hitleriano o mussoliniano: el nazismo y el fascismo eran expansionistas, con el objetivo de proyectar el poder del pueblo alemán (ario) o italiano (romano) en el extranjero. Eran agresivos, nacionalistas, conquistadores. Se apoyaban en partidos de masas. Es difícil imaginar a los populistas actuales organizando desfiles al estilo de Núremberg. Los aperitivos de salchicha y vino de la RN son ciertamente antimusulmanes, pero aun así menos impresionantes que las ceremonias de guerra de Hitler. ¿De Núremberg a Hénin-Beaumont? ¿En serio?

El único populismo occidental que superaría la prueba del expansionismo al 100% hoy sería el de Netanyahu. Los asentamientos supremacistas en Cisjordania, el genocidio en Gaza: vincular el hitlerismo con el netanyahismo es inevitable.

Las xenofobias francesa, británica, sueca, finlandesa, polaca, húngara e italiana son, a diferencia del nazismo y el fascismo, defensivas. No se trata de pueblos que buscan la conquista, sino de pueblos que desean seguir siendo dueños de sus propios hogares y cochazos. Por eso, la dimensión cultural prevalece hoy en Europa sobre la noción racial, y por eso solo podemos hablar aquí de xenofobia. Esta xenofobia es conservadora, mientras que el racismo de Hitler fue revolucionario porque perturbó la organización social. Por lo tanto, la noción de nacionalismo no se aplica a los populismos europeos actuales, ni tampoco la de extrema derecha; de lo contrario, tendríamos que introducir oximorones como «nacionalismo moderado» y «extrema derecha moderada». Prefiero hablar de conservadurismo popular.

Personalmente a favor de la inmigración controlada, debo admitir la legitimidad de esta xenofobia, pues acepto el axioma de que un grupo humano portador de una cultura, consciente de existir como comunidad, en resumen, como pueblo, tiene derecho a querer seguir existiendo como siempre. Concretamente: un pueblo puede controlar sus fronteras. El nazismo, con sus soldados desplegados desde el Atlántico hasta el Volga para esclavizar o exterminar a otros pueblos, fue algo completamente distinto.

El trumpismo representa una forma mixta, ya que combina un elemento central defensivo y antiinmigratorio con un fuerte potencial de agresión hacia el exterior. En sentido estricto, no es expansionismo. Es la expansión previa del aparato militar estadounidense y el papel del dólar en la depredación imperial lo que posibilitó los violentos actos trumpianos dirigidos contra otros pueblos y naciones: Venezuela, Irán, EEUU, los pueblos sometidos de

Europa Occidental y, por supuesto, los árabes, con los palestinos como principal objetivo. La integración gradual de Israel al Imperio, a partir de 1967, significa que para 2025, el trumpismo apenas se diferencia del netanyahismo.

Pero Trump, más allá de sus payasadas galardonadas con algún Premio Nobel, es de hecho el principal culpable del genocidio de Gaza por su prolongado fomento de la violencia israelí: este simple hecho coloca al trumpismo del lado del hitlerismo. Trump sigue al volante: los frenos y aceleradores estadounidenses regulan la agresividad genocida del régimen de Netanyahu. Tengo suerte: mientras escribo esto, Trump, asustado por la reacción de los países árabes al ataque israelí a Qatar, y en particular por la alianza estratégica entre Arabia Saudita y Pakistán, está cediendo. Ordena a Netanyahu que se disculpe por el bombardeo en Qatar, y este cumple. Trump impone un acuerdo con HAMAS a Israel, y Netanyahu lo firma. ¿Y luego qué? Trump es un perverso; es imposible saberlo.

El concepto de Trumpo-Netanyahismo, ciertamente bastante feo, permite identificar la cuestión judía como un punto común entre la crisis norteamericana de los años 2000-2025 y la crisis alemana de los años 1920-1945.

La postura radical proisraelí del trumpismo, en mi opinión, enmascara un antisemitismo visceral y despiadado: la identificación de todos los judíos con el netanyahismo, un fenómeno histórico verdaderamente monstruoso, una úlcera en la historia judía, solo resultará en la renovación de la concepción nazi de un pueblo judío monstruoso. Me refiero al antisemitismo 2.0.

Me doy cuenta de que pocos lectores me seguirán en este punto. Pero solo hablo como un profeta banal del Antiguo Testamento. «No fuimos elegidos para estar del lado de los poderosos. La historia nunca deja de tendernos esta trampa». ¿Cuántas veces los judíos se han creído salvados por los fuertes, por los poderosos, por el poder, por un imperio, designados incluso por un privilegio --éxito financiero o intelectual, importancia en el partido bolchevique--, solo para ser finalmente arrojados a la basura por pueblos furiosos?...

Me duele el corazón al ver a tantos judíos franceses, que hoy se creen del lado del poder, justificando la política de Netanyahu. Pero, en realidad, son las fauces de una trampa las que se están abriendo. Por la gracia de Trump, el planeta entero se está volviendo antisemita. Los judíos estadounidenses, la mayoría de los cuales rechazan la línea de Netanyahu, son más sabios y justos. Pero los judíos hostiles a Netanyahu, académicos o no, ya son sospechosos de antisemitas por quienes ostentan el poder. Reina la perversidad. Reina el trumpismo.

¿Cuándo se cerrará la trampa? Un día, inevitablemente, las naciones cristianas harán la paz con 1.600 millones de musulmanes. Los 13 millones de judíos de todo el mundo serán entonces abandonados por sus seguidores y, ahora solos, arrojados a la presa de otros pueblos airados.

Las tierras prometidas se suceden, los desastres las siguen. *Anochecer*, uno de los primeros relatos de Isaac Asimov, el escritor estadounidense de ciencia ficción, me parece una metáfora de la larga serie de dramas que constituyen la historia judía: en el seno de una poderosa civilización, un remanente de profecía anuncia una misteriosa catástrofe... llega,

sorprendiendo... la civilización se derrumba... luego, lentamente, renace, florece... un remanente de profecía anuncia una misteriosa catástrofe... llega, sorprendiendo...

En verdad, el mismo regreso de la obsesión judía al corazón de Occidente valida la hipótesis de una continuidad amenazante entre el pasado y el presente.

Protestantismo zombi y nazismo, protestantismo cero y trumpismo

La crisis económica de 1929 fue un factor determinante bien conocido en la hitlerización de Alemania. Seis millones de desempleados hicieron que la sociedad alemana fuera inmune a cualquier recordatorio ideológico. La eliminación del desempleo por parte de Hitler en pocos meses selló el destino del liberalismo.

El contexto religioso del auge del nazismo, igualmente importante, es menos conocido: entre 1870 y 1930, la fe protestante desapareció en Alemania, primero entre la clase trabajadora, luego entre las clases media y alta. Las regiones católicas resistieron. En 1932 y 1933, el mapa del voto nazi pudo así reproducir, con fascinante precisión, el del luteranismo. El protestantismo no creía en la igualdad de los hombres. Existían los elegidos, designados como tales por el Eterno incluso antes de su nacimiento, y los condenados. Una vez desaparecida la creencia metafísica protestante, lo que quedó fue la histeria por el miedo al vacío de su contenido desigual, con judíos, eslavos y muchos otros como condenados. En EEUU, el protestantismo de origen calvinista se centró en la población negra. El pueblo calvinista, obsesionado con la Biblia, se identificó con los hebreos, lo que limitó el antisemitismo estadounidense en la década de 1930 y protegió a los judíos. Bueno... protegido hasta la reciente aparición de la fijación evangélica en el Estado de Israel.

En la Francia católica (particularmente en la cuenca parisina y la costa mediterránea), el colapso de la fe y la práctica provocó, a partir de 1730, que la igualdad de oportunidades para acceder al paraíso (obtenida mediante el bautismo, que purifica el pecado original) se transformara en igualdad ciudadana y la emancipación de los judíos. La idea republicana del hombre universal sustituyó a la del cristiano católico universal (*katholikos* significa universal en griego). Este era un programa completamente diferente del nazismo, pero que había representado, mucho antes, la primera sustitución masiva de una religión por una ideología.

Sin embargo, tanto en la Francia revolucionaria como en la Alemania nazi, el potencial de supervisión social y moral de la religión sobrevivió a la creencia: el individuo seguía siendo miembro de su nación, de su clase, portador de una ética de trabajo y un sentido de obligación hacia los miembros del grupo. La capacidad de acción colectiva era fuerte, quizás diez veces mayor. Esto es lo que llamo la etapa zombi de la religión. El nazismo correspondió a esta etapa zombi, de ahí, lamentablemente, su efectividad económica y militar.

Podría complementar esta explicación religiosa de la ideología con una explicación de la religión misma, influenciada por las estructuras familiares subyacentes, desiguales en Alemania e igualitarias en la Cuenca de París. Pero aquí podemos conformarnos con una continuidad del protestantismo al nazismo y del catolicismo a la Revolución Francesa.

Encontramos protestantismo en el trumpismo. Luego encontramos desigualdad asociada a la negrofobia (y a la latinofobia). Sin embargo, ya no estamos en la fase zombi de la religión, sino en su fase cero. La moral común ha desaparecido. La eficiencia social ha desaparecido. El individuo flota, sobre todo en esta [Norte]América de estructura familiar nuclear absoluta e individualista sin reglas de herencia bien definidas. Así que debemos esperar algo más de la ideología trumpista: desigualdad aún, pero menos estabilidad en el delirio, oscilaciones brutales que no provienen, fundamentalmente, del cerebro de un presidente vulgar y cruel, sino de la sociedad misma. La capacidad de acción colectiva, económica y militar está, afortunadamente para nosotros, muy disminuida.

En el caso del trumpismo, observemos el surgimiento de formas nihilistas pseudorreligiosas que incluyen una reinterpretación obscena de la Biblia, como la glorificación de los ricos. Claramente más débil que el nazismo en cuanto a racismo, el trumpismo va más allá en la inmoralidad económica.

El nazismo era simple y explícitamente anticristiano. El trumpismo se proclama religioso, pero a la manera de una secta satánica, mediante la inversión de valores. El mal es el bien, la injusticia es la justicia. Hitler solo era el Führer, guiando al pueblo alemán al martirio; Trump no es Satanás, pero sospecho que para sus seguidores satanistas, su gorra roja es la del Anticristo.

En el caso del lepenismo, no existe una herencia protestante desigualitaria. Este es el verdadero misterio de la Agrupación Nacional (RN): xenófoba, nació en tierras católicas. Peor aún, sus primeras áreas de fuerza, en la costa mediterránea y en la cuenca parisina, fueron las de la Revolución: igualitaria en el ámbito familiar y descristianizada desde el siglo XVIII. Entonces, ¿es la Agrupación Nacional desigualitaria? ¿Igualitaria? Un misterio para nosotros, la RN probablemente también lo sea para sí misma. Su rechazo al otro resulta de un igualitarismo perverso que exige una rápida asimilación de los inmigrantes en lugar de verlos como diferentes en esencia.

Sobre todo, la RN, fuertemente determinada por el rechazo a los inmigrantes, e incluso a sus hijos, recuerda constantemente la tradición igualitaria francesa porque sus votantes odian a los ultras ricos, a los poderosos, en resumen, a nuestras élites imbéciles, y no solo a los inmigrantes. Por eso la unión de la derecha lucha por triunfar en Francia. De una forma u otra, la unión de los oligarcas y el pueblo (blanco) contra los extranjeros no plantea problemas en EEUU, el Reino Unido ni Escandinavia, donde las fuerzas populares conservadoras y las de la derecha clásica se entienden fácilmente. En Francia, la coalición de ricos y pobres contra los extranjeros se está desmoronando.

Sin embargo, no subestimemos la violencia potencial de la xenofobia de naturaleza universalista. Puede fácilmente convertirse en racismo. Si alguien cree a priori que los hombres son iguales en todas partes y se encuentra con hombres con costumbres diferentes, puede fácilmente concluir que no son hombres.

La Agrupación Nacional es producto de un catolicismo cero, al igual que la Revolución lo fue de un catolicismo zombi. Por eso no dará origen a ningún proyecto colectivo. Dejaré un análisis detallado de la Agrupación Nacional y su relación con el futuro para un próximo texto, ni impresionista ni expresionista, que dedicaré por completo a la lógica y dinámica

internas del caos francés.

Psiquiatría de las clases medias altas

Ahora llego a una diferencia crucial, que debería ser obvia para todos y recordada por los comentaristas políticos que constantemente nos remiten a 1930 con su vocabulario. Comprender la dimensión religiosa, o posreligiosa, del hitlerismo, el trumpismo o el lepenismo suponía un conocimiento histórico que no se puede exigir a los politólogos televisivos. En cambio, sí podemos exigirles que sepan situar socialmente las ideologías del pasado y del presente, que combinen incansablemente bajo el término extrema derecha. La diferencia entre pasado y presente es muy clara aquí.

El nazismo y los movimientos de extrema derecha de preguerra encontraron su epicentro social en las clases medias, y en particular en las medias-altas, amenazadas por el movimiento obrero, socialdemócrata o comunista. Estas clases medias eran inquietas, ocupadas en encerrar a sus mujeres y perseguir a los homosexuales. Hoy, en cambio, los llamados movimientos de extrema derecha encuentran su epicentro en los círculos obreros, sobre todo en un mundo obrero empobrecido, sacudido o destruido por la globalización económica y presuntamente amenazado por la inmigración. Las clases medias actuales, definidas en gran medida por la educación superior, se ven menos o incluso débilmente afectadas por la «extrema derecha». Las clases medias-altas, que combinan educación superior e ingresos altos, son particularmente inmunes.

Por eso prefiero hablar de conservadurismo popular en lugar de extrema derecha. Sus raíces en el grupo dominado explican la naturaleza defensiva del conservadurismo popular. Sus votantes no se consideran conquistadores de Europa ni del mundo si consideran su propia vida como una cuestión de supervivencia.

El verdadero error intelectual sería detenerse ahí. Sigamos avanzando, incluso revirtiendo el problema de la asociación entre ideología y clase. Hemos comparado las ideologías del presente con las del pasado; ahora comparemos las clases del presente con las del pasado.

Algunas clases medias europeas enloquecieron entre ambas guerras. La clase trabajadora era más razonable. Pero ¿son razonables las clases medias actuales, en particular las clases medias altas? ¿Son pacíficas? ¿Cuáles son sus sueños?

Están locos. La construcción de una Europa posnacional es un proyecto alucinante si consideramos la diversidad del continente. Condujo a la expansión improvisada e inestable de la Unión Europea hacia la antigua Unión Soviética. La UE ahora es rusófoba, belicista y con una agresividad renovada debido a su derrota económica ante Rusia. La UE intenta arrastrar a los británicos, franceses, alemanes y muchos otros pueblos a una guerra real. ¡Pero qué guerra tan extraña sería esa, en la que las élites occidentales hubieran adoptado el sueño de Hitler de destruir Rusia!

Comparar las clases sociales nos permite, por tanto, un gran avance intelectual. El europeísmo, y por ende el macronismo, se sitúan, por su agresividad exterior, del lado del nacionalismo, del lado de la extrema derecha de preguerra. Si a esto le sumamos las violaciones de la libertad de información y de la expresión del sufragio popular, violaciones

cada vez más masivas y sistemáticas en el espacio de la UE, nos acercamos aún más al concepto de extrema derecha. Fundada como una asociación de democracias liberales, Europa se está transformando en un espacio de extrema derecha. Sí, la comparación con la década de 1930 es útil, incluso indispensable.

Encontramos en el grandioso proyecto europeísta una dimensión psicopatológica ya observable en el hitlerismo: la paranoia. La paranoia europeísta se centra en Rusia. La de los nazis priorizó la amenaza judía, sin descuidar, sin embargo, el bolchevismo ruso (conocido como judeobolchevismo).

Hoy, como ayer, podemos analizar una psicopatología de las clases dirigentes europeas. La extraña secuencia iniciada por la elección de Trump, con el deseo del inestable presidente de dialogar con Putin, nos permitió seguir en directo el alejamiento de la realidad de nuestros líderes. Resumamos nuestro proceso delirante. Comenzó alrededor de 2014, antes, durante y después de Maidan, el golpe de Estado que desintegró Ucrania, un golpe controlado remotamente por estrategias estadounidenses y alemanes.

Ahora, el resto:

- *2014-2022: Provoquemos a Rusia, que había advertido que no toleraría la anexión de Ucrania por parte de la Unión Europea y la OTAN.* Está hecho. Putin ha invadido Ucrania.

- *2022-2025: Perdamos la guerra económica que nos tocó vivir.* Está hecho. Nuestras sociedades están implosionando.

- *2022-2025: Perdamos la guerra en el sentido estricto que libra en nuestro nombre el régimen de Kiev.* Esta casi hecho.

El cambio de los gobiernos europeos hacia una realidad paralela comienza en 2025

De nuestra derrota extraigamos la idea de que finalmente podemos imponer nuestra voluntad y desplegar nuestras tropas en Ucrania para anexionar a la UE lo que quede de ella. Pero ¿cómo no pensar en Hitler encerrado en su búnker en 1945, dando órdenes a ejércitos que ya no existen?

Hoy en Europa nos enfrentamos a locos, o más bien a una locura colectiva que se ha apoderado masivamente de individuos de las clases sociales dominantes. Solo en Francia, miles de periodistas, políticos, académicos, líderes empresariales y altos funcionarios participan en la alucinación colectiva de una Rusia que quiere conquistar Europa (paranoia). Ningún individuo puede ser considerado personalmente responsable. Estamos ante una dinámica psíquica colectiva.

Estoy convencido de que la disminución del individuo nacido a partir del estado cero de la religión explica el nacimiento de estos bancos de peces rusóforos.

Como expliqué en *Las luchas de clases en Francia en el siglo XXI*, la desaparición de las creencias colectivas (las creencias religiosas y luego las creencias ideológicas del estado religioso zombi) ha llevado a un colapso del superyó humano. A diferencia de los activistas

de la liberación del ego, no defino el superyó como única o principalmente represivo. El superyó, como un ideal del ego, ancla valores morales y sociales positivos en la persona. Las nociones de honor, coraje, justicia y honestidad encuentran su origen y fuerza en el superyó. Si se debilita, ellos se debilitan. Si desaparece, ellos desaparecen.

Por lo tanto, el hombre no ha sido finalmente liberado por el fin de la religión y las ideologías, sino por el contrario, disminuido. Son hombres y mujeres altamente educados, pero moral e intelectualmente encogidos por el estado cero de la religión, quienes son, en masa, portadores de la patología rusofóbica.

Los antisemitas nazis tenían una constitución psicológica completamente diferente. La muerte de Dios, en palabras de Nietzsche, sin duda los había lanzado a la búsqueda de un *Führer*, pero no carecían de superyó y seguían siendo capaces de acción colectiva. La trágica actuación del ejército alemán durante la II Guerra Mundial lo atestigua. ¿Quién se atrevería a imaginar a nuestras clases medias-altas hoy corriendo hacia la muerte, a la cabeza de su pueblo, hacia Kiev y Járkov? Nuestra guerra en Ucrania es una broma, producto de la emancipación del yo, hija del desarrollo personal. Solo morirán ucranianos y rusos.

A menos que... Los intercambios termonucleares pueden prescindir de héroes.

emmanueltodd.substack.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/hitlerismo-trumpismo-netanyahismo-lepenismo-macronismo>